
¿SABREMOS APROVECHAR LA OPORTUNIDAD?

GISÈLE MARTY BROQUET

El año 2020 terminó con esperanza. Había llegado la vacuna y veíamos la luz al final del túnel. Nos deseamos un año feliz. Entonces empieza enero, la vacunación es demasiado lenta, el virus va mutando, sus variantes que provienen de distintas partes del mundo son más transmisibles, en muchos países el sistema sanitario está al límite del colapso, vuelve el confinamiento y todas sus consecuencias, el temporal cubre España de nieve, hielo y frío extremo, se asalta el Capitolio del país que, a pesar de los pesares, quiere ser el símbolo de la democracia. Cada día nos despertamos con noticias que parecen tristemente históricas.

La crisis puesta en evidencia por la pandemia viene de lejos. En un artículo publicado en 2009, titulado “Crisis de civilización” (*Papeles* 105) Francisco Fernández Buey, catedrático de filosofía moral y política, nos advertía que estamos viviendo no sólo la crisis del sistema capitalista, sino de todo sistema económico-social fundado en el tipo de crecimiento industrial insostenible y en la producción de armas de destrucción masiva. Consideraba que se puede hablar de una “crisis de la civilización occidental” pues una crisis de civilización se caracterizaría como un momento histórico en el cual llegan a un punto crítico no sólo las estructuras socioeconómicas, sino las instituciones políticas y culturales así como el sistema de valores predominante. Se trataría de una crisis total y añade: “no hay arca de Noé para este diluvio. La previsión de que es la humanidad en su conjunto la que está en una encrucijada también tiene fundamento”.

Es evidente que la crisis sanitaria actual es una consecuencia de una crisis mucho más amplia. El sistema capitalista ha reducido al extremo las inversiones en las necesidades sociales, especialmente en sanidad, lo que ha provocado la falta de estructuras y de profesionales que puedan hacer frente a una pandemia. Para evitar el colapso hospitalario se ha impuesto el confinamiento, y gran parte de la población no puede trabajar, lo que agrava una crisis económica que se enmarcaba dentro de la llamada Gran Recesión de 2008.

En el periódico *El Salto* (11/03/2020), Alvarez Barba pregunta a varios economistas lo que se puede hacer ante la crisis del coronavirus. Todos

coinciden en que la crisis es tan severa porque la economía ya estaba débil. El mismo Alvarez Barba titulaba un artículo anterior (03/03/2020): “Coronavirus, la coartada perfecta para esconder una enfermedad terminal” y sostenía que: “el sistema económico global es un enfermo al que cualquier virus puede matar”. Consideraba que el capitalismo ha encontrado su chivo expiatorio para maquillar sus culpas.

En la misma línea, Iolanda Fresnillo, integrante de Eurodad, una red de 54 organizaciones no gubernamentales de 25 países que trabaja en temas relacionados con la deuda, la financiación del desarrollo y la reducción de la pobreza explica que: “No hay que identificar la crisis del coronavirus como una causa, sino como un síntoma de las medidas de austeridad, de la globalización y de un mundo financiarizado”.

En un artículo posterior (18/03/2020), también publicado en *El Salto*, estima que la pandemia pone en evidencia las limitaciones y riesgos a nivel humano, social y económico del sistema capitalista, y nos sitúa frente al espejo de lo que puede ser el futuro en un mundo de emergencia climática. Aboga por un estado de bienestar fuerte, sistemas de protección social suficientes y una organización socioeconómica que pueda hacer frente a la creciente vulnerabilidad. Ve la crisis del Covid como una oportunidad para una nueva economía que califica de “ecofeminista”, una economía que respete los límites materiales del planeta y democratice las tareas de cuidado y reproducción, una economía que responda a las necesidades de la personas. El mismo tipo de argumento sostiene Muro Benayas, miembro del grupo de Economistas Frente a la Crisis, que defiende: “si las décadas pasadas quedaron marcadas por la identificación de lo público como problema, la década que viene apunta a lo público como solución” en su artículo “Un estado emprendedor frente a la globalización”, publicado en el número 29 del *Diario.es* (septiembre 2020), dedicado al virus que cambió nuestras vidas.

Ver la crisis del Covid como una oportunidad permite tener un cierto optimismo en momentos tan duros. Sin embargo, sería pecar de mucha ingenuidad pensar que el camino está claramente trazado. En la última edición de su libro *Ruptura. La crisis de la democracia liberal*, que acaba de ser publicado (Alianza, 2020), el sociólogo Manuel Castells nos advierte que lo que se vislumbra es “un mundo en el claroscuro de un caos”. Hasta que no se consiga la inmunidad colectiva, la pandemia seguirá provocando todas sus destructoras consecuencias económicas y sociales. La restricción de la movilidad y la distancia social impuestas para prevenir la difusión del virus ha introducido limitaciones extremas a las libertades que fomentan “la tentación siempre presente en los estados de un autoritarismo puro y duro”. De hecho, distintos expertos (por ejemplo, Josep Tamarit, catedrático de derecho penal) consideran que el decreto de Estado de Alarma impuesto en España ha ido más allá de lo que la ley permite. Crecen la des-

confianza en las instituciones y la indignación. Las redes sociales se llenan de teorías de conspiración que ponen en duda la ciencia y la democracia. Para Castells, las políticas de transición hacia un nuevo modelo de gestión deberán optar entre una restructuración del capitalismo o un nuevo sistema más sostenible y redistributivo. Considera que ambos casos requieren instituciones políticas fuertes, asentadas ya sea en el neautoritarismo de un Estado centralizado o en una relegitimación de la democracia que se extienda hacia los ciudadanos. Advierte que la batalla política entre estos dos modelos será atroz y se dará en el ámbito comunicativo y en el ámbito judicial. Con todo, termina con una luz de esperanza ya que piensa que somos nosotros y nosotras los únicos que podemos decidir si vivir en la luz o en la penumbra.

Los debates que se plantean a raíz de esta crisis y de este nuevo modelo de gestión son múltiples y sólo se pueden mencionar algunos en un artículo.

Uno de los graves dilemas éticos que ha provocado esta pandemia es la elección, por un lado, de la libertad y la economía y, por otro, la salud y el ideal humanista. En Francia, el filósofo André Comte-Sponville ha subrayado las consecuencias muy negativas del confinamiento sobre la economía y las libertades, y sostiene que la vida de los jóvenes tiene más valor que la de las personas mayores. Por el contrario, el filósofo Francis Wolff ve en esta reacción de la humanidad a esta pandemia el signo de un progreso político y moral. Probablemente este debate no tendría lugar en los mismos términos si las residencias de ancianos donde han ocurrido la gran mayoría de las muertes tuvieran las condiciones necesarias para poder proteger y atender a los mayores, y si el sistema sanitario no tuviera las carencias provocadas por la política de austeridad que ya se han mencionado.

La cuestión planteada por la situación de los mayores, cada vez más numerosos, también es un síntoma de una crisis más amplia. En un artículo titulado: "La vejez estaba allí" (*El País*, 23/04/2020) la socióloga Pilar Escario denuncia que la distancia que separa a la sociedad actual de sus mayores no es solamente física, sino moral y que esta pandemia debería servirnos de aprendizaje para cuidar la vejez y valorarla. En una sociedad más democrática, en un nuevo modelo de gestión, conviene dar visibilidad a los mayores no sólo para la enfermedad y la muerte. No hay que aislarles, sino integrarles en las actividades y las tomas de decisiones. No se puede desperdiciar todo lo que su experiencia y su conocimiento pueden aportar.

En cuanto a los jóvenes, en su informe "El Covid-19 y el mundo del trabajo", la OIT da cuenta de su frágil situación que se evidenciaba ya en el contexto previo a la pandemia. Será entonces fundamental la iniciativa de los gobiernos para implementar políticas sociales y económicas que

tengan en cuenta las realidades de los jóvenes y, de manera especial, sus dificultades para insertarse en el mundo laboral.

En este contexto, el acceso a una educación de buena calidad y la capacitación en el puesto de trabajo constituyen factores interrelacionados. La UNESCO habla de “emergencia educativa” debido sobre todo al cierre de los centros de educación y al acceso desigual a las plataformas de aprendizaje digital. Es por lo tanto fundamental reforzar las políticas que inciden sobre las oportunidades de educación y trabajo de los jóvenes, cuyo potencial aporte a las sociedades, por supuesto, tampoco se puede desperdiciar.

Como sostiene Anthony Mann, analista de la OCDE en una entrevista en Educaweb, “nunca antes en la historia de la humanidad la orientación académica y profesional ha sido tan necesaria”. Coincide con el catedrático de educación Jordi Riera en que hay que fomentar un nuevo modelo de orientación a lo largo de toda la vida, potenciar la orientación virtual y ofrecer también acompañamiento emocional en un entorno VUCA es decir, en el que se mueven las organizaciones en la actualidad, que se caracteriza por la volatilidad, la incertidumbre, la complejidad y la ambigüedad. Esta ayuda emocional se hace cada vez más necesaria en esta larga pandemia, cuyas consecuencias provocan fatiga psicológica y efectos sobre la salud mental.

Es probable que una de las principales causas de esta fatiga pandémica, como la llama la OMS, es el aislamiento social. La necesidad de relación presencial y no sólo virtual se hace sentir en todos los ámbitos y de manera especialmente dolorosa cuando se trata de enfermos graves. En el campo de la educación también se echa mucho de menos este diálogo entre profesores y alumnos, cuya interacción real es fundamental. La docencia es mucho más que simple transmisión virtual de conocimientos. Nuestros alumnos lo han entendido.

Por fin, *last but not least*, en este breve recorrido, lo que tenemos que aprender de esta pandemia, como en todas las épocas de crisis aguda, es que la cultura y el arte son nuestro salvavidas. Los libros, la música, el cine, los museos, los teatros, las óperas, los ballets, a los cuales podemos acceder *online*, nos han ofrecido gratuitamente sus obras y debemos apoyarles porque ellos están aquí para ayudarnos cuando todo el resto se tambalea.

